

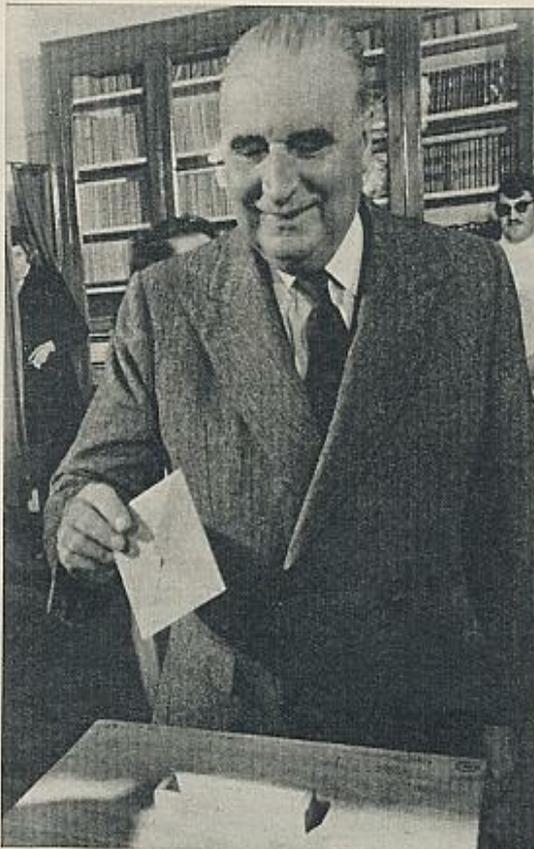
HARO TECGLLEN ENVIADO ESPECIAL ELECCIONES EN FRANCIA

NUEVA DERECHA Y NUEVA IZQUIERDA

PARIS.—La noche de los resultados electorales, todos los jefes políticos comentaban en París el triunfo de su propio partido, de su propio grupo. ¿Es posible que todos hayan ganado? La política es cada vez más un arte de vocabulario y significación, un juego semántico, y además, realmente, es una cuestión de matices cuando se aplica a países sólidos y estables, como es el caso de Francia.

LA mayoría gubernamental puede estar satisfecha de seguir siendo realmente mayoría: puede gobernar por sí sola. No es tan amplia como sus portavoces pretenden. Algunos de los diputados que el ministro del Interior, en su comunicado, anexionó a la mayoría, protestan y discuten esta afiliación: son derechas independientes, lo que se llama «diversas derechas». Suelen votar en la Asamblea con la mayoría, pero

Pompidou, en la víspera electoral, pronunció una breve alocución, en la que repitió su «leitmotiv» de campaña: «La elección es sencilla: de un lado el comunismo y sus aliados; del otro, todos los demás». Bajo estas líneas, el instante en que el Presidente, izquierda, y el secretario general del Partido Comunista, Georges Marchais, derecha, depositan su voto.





Después de la segunda vuelta, todos los jefes políticos comentaban en París el triunfo de su propio grupo. Pero sobre las subjetivas interpretaciones y juegos semánticos, quedan suficientemente visibles estas dos tendencias: una «voluntad de cambio» y una bipolarización política.

pueden no hacerlo. Son una quincena de diputados, aproximadamente. Aun con este descuento, le quedan al grupo mayoritario fuerzas suficientes para gobernar sin contar con nadie. Para dominar la Asamblea hacen falta 246 escaños: contemos que la derecha oficial ha ganado aproximadamente 260 escaños (faltan, a la hora de escribir estas líneas, siete escaños por decidir, correspondientes a territorios de ultramar) y tendremos una mayoría aceptable, pero un poco precaria.

La distribución de escaños

DENTRO de ella, el UDR —es decir, los herederos del general De Gaulle, el degollismo— se satisface de ser aún el primer partido de Francia, y el director de la mayoría. Ahondando un poco, la realidad es distinta. La UDR tenía 200 diputados en 1967 y ascendió nada menos que a 293 en 1968 —las elecciones con las que se saldaron los movimientos de mayo—: tiene ahora 181 diputados y, por lo tanto, ha sufrido una merma muy importante: 19 con respecto a 1967, 112 menos que en 1968. Ha perdido la mayoría absoluta de la Asamblea. En el supuesto —muy improbable— de que hubiese un cambio de alianzas, el partido presidencial se quedaría fuera de juego.

PARA los reformadores, el éxito consiste en que consideran que la mayoría, aun controlando la cámara, está en condiciones tan precarias que tendrá que abrirse, ser menos rígida y, desde luego, menos degollista. Lo haría en el sentido de los reformadores... O, por lo menos, en el sentido de los reformadores del grupo de Lecanuet, a quien debe su principal apoyo en el segundo turno, ya que el de Servan-Schreiber se manifestó renuente y ocasionó una división. Quizá sin ella, los escaños de los reformadores hubieran sido algunos más de los 28 que exhibían en la votación final, y que les han parecido suficientes.

PARA la izquierda, los motivos de satisfacción son suficientes. En primer lugar, el número de votos obtenidos en cada uno de los turnos demuestra que la opinión pública ofrece una mayoría consistente para la izquierda: entre un 46 y un 48 por 100 (es pronto para tener los datos completos por número de votos). Han protestado insistentemente del «carácter inicuo de la ley electoral actual»: si se hubiese votado por el viejo sistema —de antes de la «guerra fría»— proporcional, con escrutinio de lista —es decir, cada partido coloca en la Asamblea los diputados que corresponden proporcionalmente a los votos recibidos— tendrían mayoría en la Asamblea. Sobre este optimismo puramente abstracto de suponer que cuentan con la mayoría del país, pero no con la Asamblea ni con la Presidencia, tienen otros motivos de satisfacción. El partido comunista tenía 57 diputados en 1968, tendrá ahora 73. Los socialistas pasan de 57 escaños a 89. Y en general, la izquierda unida tiene ahora unos 90 escaños más de los que tenía en 1968, más o menos los que tenía en 1967 (los comunistas, los mismos que entonces: son las otras izquierdas las que han progresado). En total, unos 180 escaños. Puede considerarse ahora como una oposición coherente y fuerte. Pero aislada. Ni aun una ventolera de los reformadores que pretendiesen crear

un gobierno de centro izquierda sería suficiente para hacer de todo ello una mayoría suficiente.

Si alguna sorpresa ha habido en este segundo turno es la de la acen-tuación de estas diferencias. Se esperaba que la mayoría gubernamental resultase menor, quizá que tuviera que apoyarse en los reformadores o en una parte de ellos. Lecanuet había anunciado ya que estaba a la disposición del Presidente de la República: suponía que podría formar parte del gobierno e incluso que se le confiase un papel de árbitro. No ha sido así. ¿Por qué la derecha ha ganado más escaños de los que se pensaba, por qué la izquierda se ha quedado por debajo de los doscientos que se la atribuían?

El reflejo anticomunista

ENTRÉ las hipótesis posibles, una que se ve con mayor facilidad es la de la importancia del reflejo anticomunista. En aquellas circunscripciones donde el duelo político se planteaba entre un diputado comunista y un diputado de la mayoría, los resultados han sido menos favorables a la izquierda que en aquellas otras en las que la cuestión estaba entre un diputado socialista y otro de la mayoría. Podría decirse que si el partido comunista no hubiese salido con tanta fuerza en el primer turno —en realidad, es el partido más constante de Francia: desde hace casi un cuarto de siglo sus votos reales apenas cambian, a pesar de las variaciones de generaciones, de coaliciones, de acontecimientos interiores y exteriores—, la unión de la izquierda hubiese salido mejor parada. Esto quiere decir que la política de anticomunismo que utilizó principalmente la mayoría en su campaña electoral no estaba tan pasada de moda como se creía. Evidentemente, una cosa son los medios intelectuales y políticos, en los que no se ignora que el partido comunista tiene hoy una fisonomía distinta y unos proyectos adecuados a las circunstancias históricas por las que ha atravesado y en las que se encuentra, y otra cosa son los grandes medios rurales y la pequeña burguesía de un país de nivel de vida muy alto, que aceptan como buenas las definiciones de caos que hace Pompidou y la propaganda de la derecha.

POMPIDOU, en la víspera electoral, pronunció una breve alocución —pese a las protestas de la izquierda, acusándole de violar la clausura de la campaña electoral y la utilización de medios públicos y del peso de la Presidencia de la República en unas elecciones legislativas—, en la que repitió su «leitmotiv» de esta campaña: «La elección es sencilla: de un lado, el comunismo y sus aliados; del otro, todos los demás». En la alocución del Presidente de la República, el comunismo y sus aliados suponen una sociedad «que suprime las libertades individuales, la libertad política, el derecho de propiedad y que somete la vida de cada uno a la autoridad de un partido y de una administración totalitaria». Evidentemente, nada más lejos del programa común de la izquierda que semejante cosa, sino un programa de democratización, de cambio en las instituciones —supresión del régimen personal presidencialista, cambios en las leyes electorales— y muy escasas, muy limitadas nacionali-

**HARO TEGGLEN
ENVIADO ESPECIAL
ELECCIONES
EN FRANCIA**



Giscard d'Estaing, uno de los triunfadores de estas elecciones.

zaciones. ¿Qué ofrecía Pompidou a cambio? «Una sociedad libre, con sus imperfecciones y sus injusticias, ciertamente, cómo negarlo; pero que respeta los derechos del individuo; que permite a cada uno servirse como lo entiende, para sí mismo y para sus hijos, de lo que ha adquirido de dirigir y de continuar siendo dueño de su vida y de su destino, tanto como lo es posible». El corolario lo puso el ministro del Interior, en cuyo cargo está el comunicar los resultados electorales, cuando después de dar las cifras, en la noche del domingo, dijo: «El pueblo francés ha elegido las instituciones libres».

UN tercer factor importante en la semana entre los dos turnos fue la clara posición de Lecanuet en favor de la mayoría gubernamental, pretendiendo que se sumasen a ella los reformadores. Muchos votos reformadores, por lo tanto, han ido a engrosar los efectivos de la mayoría. Servan-Schreiber se opuso: Servan-Schreiber parte de una izquierda famosa —la fundadora de «L'Express», en la época de la guerra de Indochina y de la de Argelia— y ha ido evolucionando, pero no tanto como para sumarse a un degolismo que combatió. Sin embargo, no ha favorecido explícitamente el voto hacia la izquierda.

EN cuanto a los votos de la derecha, cabe decirse también que ha habido un movimiento antidegolista, el que le ha costado 112 escaños en esta Asamblea Nacional a la UDR. Si el reflejo anticomunista y la estabilidad conservadora han dado una fisonomía marcada a las dos votaciones, especialmente a la del segundo turno, el degolismo aparece como repudiado. No parece que los electores consideren que realmente representa la sociedad libre que dicen Pompidou y el ministro del Interior —y, naturalmente, todos los portavoces del partido—, sino que creen que otros partidos de la derecha lo pueden garantizar mejor. Observemos, sin embargo, que el degolismo no es exactamente lo que organizó y creó el general De Gaulle: el general fue mucho más demócrata y más abierto que su sucesor, Pompidou, y por eso la derecha le quitó de en medio en 1968, aunque tuviera la habilidad de seguir conservando su nombre. Este degolismo es, en realidad, un posdegolismo, y está suficientemente repudiado en estas elecciones.

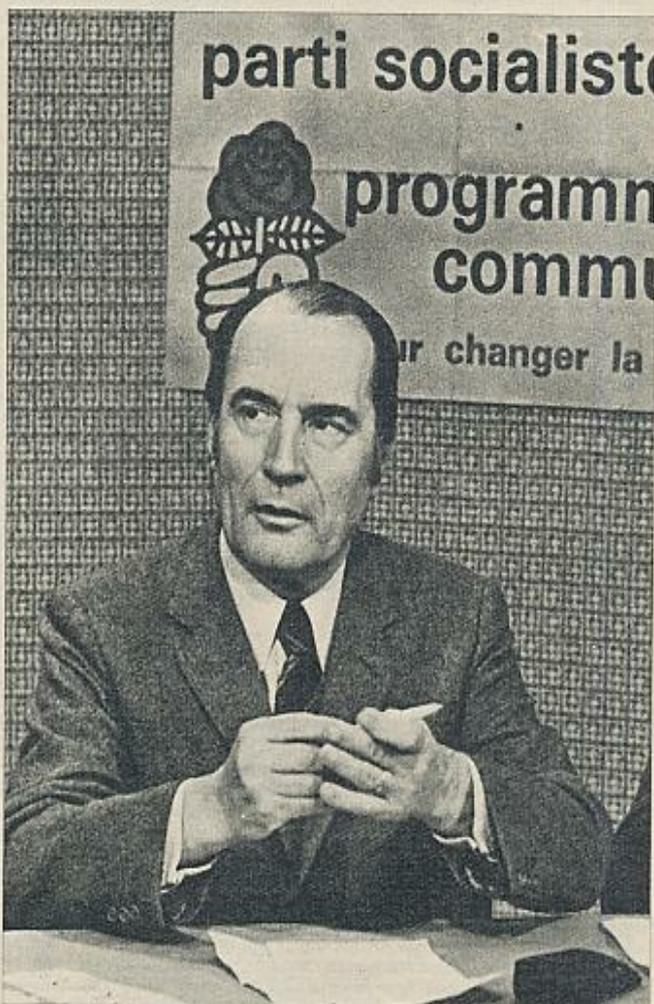
La voluntad de cambio

SON suficientemente visibles en las dos jornadas electorales estas dos tendencias: una «voluntad de cambio» y una bipolarización política. La voluntad de cambio entiende que las imperfecciones y las injusticias de la sociedad actual, a las que aludía Pompidou en su última declaración son quizá más fuertes de lo que el mismo Presidente supone al aludir a ellas. Francia ha vacilado pocas veces en conceder poderes excepcionales a hombres que ha considerado excepcionales —se podría hacer una larga lista—, pero no parece que considere a Pompidou entre ellos: metido en la piel de De Gaulle, no agrada. Ni siquiera Messmer, o

antes Chaban-Delmas, sus primeros ministros, han conseguido hacer pasar el degolismo por vivo. No lo está, y Francia desea salir de esas estructuras demasiado rígidas.

LA bipolarización ha quedado bastante clara, sobre todo en el primer turno y en los votos reales del segundo. Francia opta por la izquierda o por la derecha: por una izquierda moderada —diga lo que diga Pompidou— y por una derecha más abierta que la actual. Puede preverse para un futuro no muy lejano la aparición tal vez de dos partidos amplios, como lo que ya supone en embrión la Unión de la Izquierda y lo que se está llamando ahora la URP, Unión de Republicanos del Progreso, que es la derecha (la mayoría actual). La izquierda no existía realmente hasta estas elecciones; había sido descuartizada por la guerra fría, por las divisiones internas, por la ausencia de grandes hombres, como los que tuvo en otros tiempos, por el desprestigio de los partidos antiguos: ahora ha salido cohesionada y sólida. Está haciendo posible su futuro, si mantiene la unidad como hasta ahora y si en la oposición de la Asamblea es capaz de llevar una política coherente y clara. En cuanto a la derecha, se está desprendiendo poco a poco de los residuos del degolismo, y tendrá que responder desde el poder a la voluntad de cambio visible en el pueblo francés.

POMPIDOU nombrará ahora un primer ministro: en su elección se verá qué lecciones ha aprendido del miedo que le han hecho pasar y de las realidades públicas. El 2 de abril se inaugurará la nueva Asamblea, y habrá de presentarse ante ella el nuevo gobierno. Quizá en el tiempo que queda hasta el verano no podrá mostrar más que tendencias políticas; pero deberá prepararse para unos meses de septiembre y octubre en los que las batallas políticas y sociales se plantearán. ■ E. H. T.



François Mitterrand, secretario general del Partido Socialista francés.